

Parece que la causa que produce estos individuos de tan corta estatura debe atribuirse á la estrechez del útero de ciertas mujeres y al escaso alimento que alcanza aquella parte.

En efecto, mujeres hay que abortan, porque su matriz es de suyo sobrado estrecha ó estremadamente irritable; de ahí nacen tambien aquellos estreñimientos espasmódicos que desalojan el feto antes del término regular. Cuando no se verifica el aborto en estos casos, puede el embrión permanecer endeble, enflaquecido y mal alimentado en todas sus dimensiones, ó, lo que es lo mismo, pueden nacer verdaderos enanos.

De estos hechos podemos concluir que el jénero humano no ha disminuido visiblemente en estatura ni degenerado, desde cuarenta siglos á esta parte.

Aunque es verdad que hay naciones de mas ó menos estatura, y se ven entre ellas individuos altos é individuos enanos, parécenos problemática la existencia de castas gigantes y enanas (1). La estatura mas jeneral en el jénero humano es entre cinco y seis pies, menos hácia los polos, donde queda entre cuatro y cinco.

ARTICULO QUINTO.

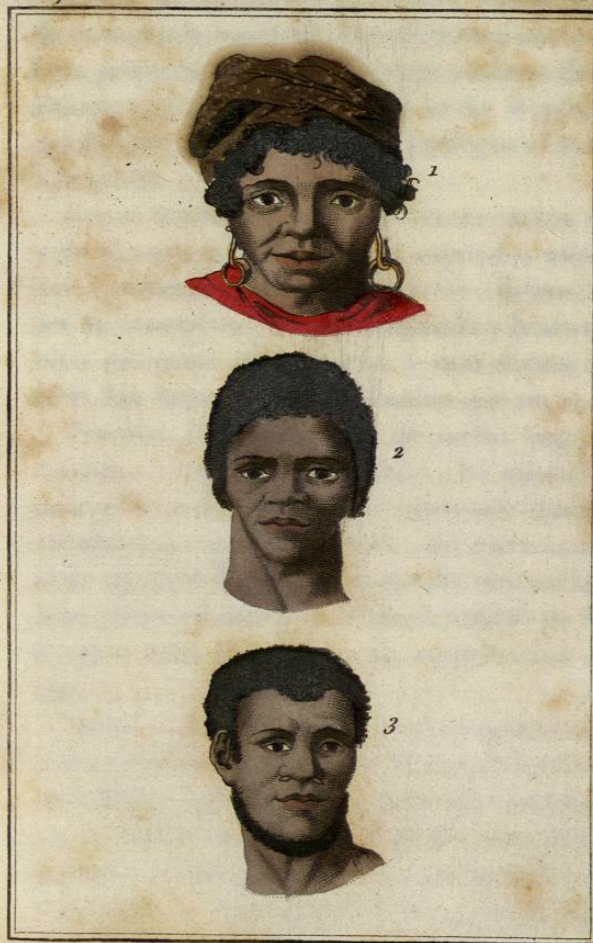
DE LAS VARIEDADES DE LA ESTATURA Y DE SUS EFECTOS.

La especie humana ofrece muchísimas desproporciones de estatura. Vense individuos de tronco alto

(1) Cristiano Fed. Jampert, *De causis incrementum corporis animalis limitantibus*, Halle, 1754, en 4°.

Lam. 7.

Tom. 2.



P. Alabera, g.

1. Mujer malaya de la Isla S^{ta} Cristina
2. Hotentote. 3. Mallicoles.

y grueso con miembros cortos y cabeza abultada; tales son las proporciones del cuerpo en la niñez.

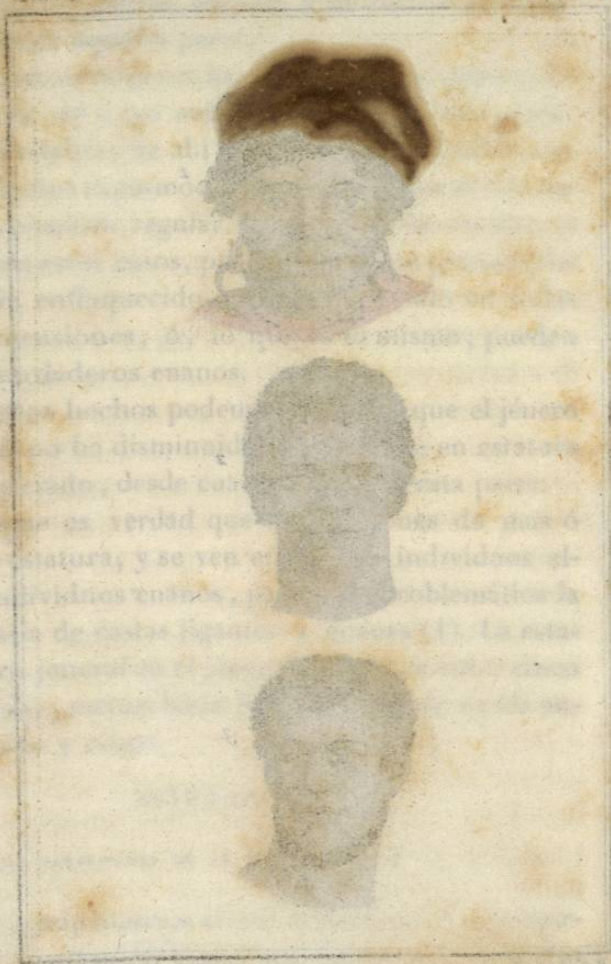
Otros, al contrario, presentan brazos y piernas de desmedida longitud, con el tronco corto y la cabeza pequeña; tales son muchos jóvenes desvaídos, altazos y endebles, á quienes se da el nombre de gambaluas, porque son muy análogos al avestruz y á la grulla.

Vense tambien jentes de brazos largos y caídos y de piernas cortas y zambas, como los monos jibones ó zambos; otros, al contrario, llevan, al parecer en zancos un cuerpo menguado y brazos cortos, bien así como el kangaró, y casi dirian que mas bien dan brincos descompasados que no andan.

Tambien hay individuos de cuello largo con las espaldas rebajadas ó hundidas, lo mismo que los ánsares ó el cisne de Leda; otros son lomianchos y recojidos en su baja gordura, de suerte que su cabeza aparece hundida debajo de sus anchos hombros, bien así como en el toro, indicio de fuerza, y á veces fatal pronóstico de constitucion apoplética.

Harto conocidos son el pecho encojido y angostado, y los hombros á guisa de alas de los tísicos; los individuos robustos presentan una caja cuadrada, en la cual se franquean holgadamente sus anchos pulmones; sus complexiones son cálidas y lujuriosas, ordinariamente irascibles y propensas á las aneurismas del corazon y de los vasos mayores.

Jeneralmente hablando, los individuos mas recojidos son de proporciones mas anchas y recias que



los individuos demasiadamente altos, quienes por lo comun son endeblés y desvaidos. Dirian que la misma cantidad de materia se halla en unos distribuida diversamente que en otros; con todo el resultado es muy distinto.

El hombre de corta estatura tiene el pulso mas atropellado que el de elevada talla; porque volviendo la sangre con mas prontitud al corazon, los vivientes chicos ejercen todas sus funciones con mayor actividad que los grandes. Esto es evidente, si cotejamos el raton con el elefante, el morueco con el toro, el gorrion con el ánsar, etc. Así pues, los medros se acabarán antes, la pubertad será mas anticipada, la jeneracion mas frecuente, el individuo quedará desainado ú consumido en menos tiempo, ó, en otras palabras, será su vejez mas temprana: su vida descollará en jeneral con mayor pujanza, pero tambien será mas corta, segun lo acredita la esperiencia, que en las especies grandes; fuera de lo dicho, las enfermedades de los individuos de corta estatura son por lo comun violentas, agudas, intensamente inflamatorias, y sus períodos aparecen igualmente mas ejecutivos.

Contrarios efectos se echan de ver en los individuos de estatura alta, desvaida y floja, cuya languidez ó indolencia asoma en todos sus movimientos. Es muy cierto que esa extraordinaria prolongación de las fibras indica estremada flojedad y humedad, puesto que sin estas circunstancias no adquiriera el cuerpo tanta estension. Por otra parte, la sangre que recorre unos miembros tan distantes del cen-

tro, vuelve mas lánguidamente al corazon; así es que el número de pulsaciones es mucho menos frecuente en los gigantes que en los enanos. Tambien es de advertir que el calor animal es muy débil en los individuos altos, porque se halla en demasía desparramado. Siguese de ahí que los tales ejercerán todas las operaciones de la vida con lentitud y flojedad; y mientras que los hombres pequeños manifiestan sobrada desenvoltura, vemos que los altos no piensan y no se animan hasta una hora despues que recibieron la primera impresion; de ahí dimanan la índole desidiosa y la sencillez y el candor que distinguen á los hombres altos y gruesos. Los antiguos emperadores romanos formaron una guardia de Helvecios y Jermanos de altísima estatura; porque sin duda habian notado que estos hombres rubios y de descomunal talla y corpulencia eran de excelente pasta, incapaces de dar oido á la traicion, y fielmente adictos al que les paga y no les escasea el mantenimiento. Por otra parte, su bella presencia y sus robustos hombros realzan con mayor gala la pompa militar, brillan en las paradas, é imponen respeto á la muchedumbre. Con todo ya ha probado la esperiencia que las estaturas medianas muestran en las batallas mayor pujanza y ardimiento; porque esos cuerpos desmesurados de los septentrionales se derriten como la nieve, segun ya decian César y Vejecio, en los climas cálidos, cuando se les manda la menor evolucion militar.

Fuera de esto, los individuos de alta estatura tienen la pubertad tardía, como el amor; y como ve-

jetan mas que viven, gustan del reposo y el sueño, y permanecen ajenos de todo impulso arrebatado, dilatan ordinariamente su vida mas que los hombres pequeños. Tampoco despuntan sus enfermedades con un carácter tan agudo é inflamatorio; bien que por otra parte suelen acosarlos, mas que á los otros dolencias crónicas de trabajosa curacion y de crisis desconcertada.

Así como las yerbas blandas y pálidas adquieren mayor lonjitud en la sombra, permaneciendo caquéticas y ahiladas, mientras que las plantas secas y leñosas, nacidas bajo los ardientes rayos del sol y al aire libre, son pequeñas, achaparradas, pero sabrosas, y subidas de olor y matices; no de otro modo los individuos criados con mimo en las ciudades permanecen mas flojos, mas altos y pálidos que los atezados y enjutos campesinos. Vense por lo mismo, si bien de mediana estatura, corpulentas y vivarachas aldeanas que venden en los mercados sus hortalizas á endebles y pálidas señoritas, flojas en el andar y cenceñas en su talle; nótese igualmente que en los países donde se coje espirituoso vino, son mas pequeños sus habitantes que donde es comun bebida una sosa y refrijerante cerveza, que engruesa y relaja el cuerpo, al par que favorece su prolongacion.

En las fértiles llanuras, pueden sus sedentarios y golosos moradores ofrecernos con el tiempo individuos de desmedido tronco, en su parte abdominal sobre todo, robando, por decirlo así, el necesario jugo á los brazos y piernas, que quedan compara-

tivamente muy cortos. Notabilísimos son estos en Flandes ó en los países bajos y marítimos, y buena prueba de ello nos ofrecen los cuadros de Teniers, Wouwermans, y otros célebres pintores de esas provincias, harto diferentes por cierto de los de otros pintores italianos, en cuyos personajes se echan de ver mas nobles proporciones. Así es como los montañeses, avezados á duro ejercicio y á la sobriedad por la naturaleza misma de su país, presentan, como Filopémen, un conjunto de piernas y brazos, sin asomo de vientre. Viven aquellos propensos á debilidades, á la flema y anasarca, y estos á achaques espasmódicos; á aquellos amenazan la hidropesía, la parálisis y la apoplejía, mientras amagan á estos los ataques nerviosos, resultado de una escesiva escitacion muscular. Son sin embargo mas sanas estas últimas constituciones, y mírense sino los habitantes de los Alpes y de los Pirineos, los ligerísimos Bascos y los cazadores del Tirol.

En verdad, parece que esos robustos miembros que brotan de endeble cuerpo presenten menos conjunto y unidad vital que los gruesos troncos con pequeños miembros: son los individuos de esta clase mas pletóricos, y dirán que respiran mas alma y vida que aquellos descomunales y desmadejados entes.

Una espalda encorvada que sostenga larguísimo cuello y liviana cabeza, presentando el individuo anchurosas caderas y abultados extremos inferiores, ofrece el talle de una mujer, ó bien nos dice afeminada debilidad; así es que los hombres de tamaña conformacion muestran muy poca enerjía y menos

carácter y arrojo. Anchas espaldas, por el contrario, y, bajo corta cerviz, abultada cabeza, no ofreciendo el individuo mas que estrechas nalgas y delgadas piernas, evidencian que los órganos estreman su pujanza en las partes superiores del cuerpo, y por lo mismo acreditan mas ardiente é impetuoso carácter, y alma mas descollante que los precedentes; siendo patente asimismo que propenden mas comunmente hácia la liviandad y la ira, y son víctimas tambien con mas frecuencia de la apoplejía y de aneurismas en el corazon y en la aorta.

Un bello talle, ó sea, iguales medros por todos los órganos, constituirian el perfecto estado de salud y fuerzas, cual lo alcanzaban los antiguos con sus ejercicios gimnásticos y el *pentatletismo*, ó sean las cinco especies de juegos, cuyo efecto fuera equilibrar los miembros. Una célebre estatua de Policeto presentaba, bajo la imájen de un *dorífora* (lancero griego), el *cánon*, ó sea la norma de las mas adecuadas proporciones del cuerpo humano en su perfeccion fundamental. Á la verdad que nuestro traje con todas sus compresiones y ataduras, hijo, por decirlo así, de nuestro haragan jénero de vida, nunca ofrecerá las armónicas dimensiones que nos admiran en las antiguas estatuas de Apolo, Antínoo, Laocoonte y el Gladiador combatiente. Solo bajo los templados y dichosos climas de la Grecia, donde no se arropa recargadamente el cuerpo, es dable manejar mas libremente sus miembros, ajustarse las formas musculares en los primores castizos de la naturaleza; y hasta las mujeres conservan aun hoy

dia aquel embeleso de las Helenas y Aspasia.

Sin esas proporciones do campear la garbosa pujanza y ajilidad, seria soñada la belleza como en los delirios de todo amante. No todos los célebres pintores de la antigüedad las conocieron. Nota Plinio en las obras de Parrasio cortísimo el tronco respecto de los miembros; Eufranor abultaba en demasía las cabezas y las articulaciones; Asclepiodoro fué, á juicio de Apéles, el primero que atinadamente midió las verdaderas proporciones del cuerpo humano en sus medros cabales.

Aunque no podamos con toda certeza señalar las proporciones de sus dibujos, sabemos sin embargo por Vitruvio las mas jeneralmente admitidas (1). Correspondíanle al cuerpo humano ocho larguras de la cabeza, incluyendo la lonjitud de esta, la cual cojia desde la coronilla hasta la barba. Compartíase dicha altura en cuatro partes iguales, y hubo quien concediese á los brazos estendidos en cruz la misma dimension; así es como colocaran muchos la estampa del hombre en pie dentro de un cuadro perfecto, presentándole tendido, desviados los brazos y piernas en forma de cruz de San Andrés, en un círculo cuyo centro es el ombligo. Á los mismos principios se han avenido todos los autores modernos que tratan de las proporciones del cuerpo humano, y en prueba de ello véanse Alberto Durer, Leonardo de Vinci, Juan Cousin, Gerardo Audran, y muchísimos otros. Segun Vitruvio, seis medidas

(1) Vitruv. Pollio, *De architectura*, lib. III.

del pie del individuo formaban su total altura; proporcion que adopta Winckelmann, sin embargo de no hallarse puntual en las estatuas antiguas, como nota Salvajio (1). Divídese asimismo la cabeza en cuatro partes iguales; á saber, hasta los ojos, la nariz, la boca y lo inferior de la barba.

Desde esta hasta el pezon del pecho debe haber la longitud del rostro; otras dos iguales hasta bajo la sínfisis del pubis; los muslos por último y las piernas, hasta los dedos del pie en su estremidad, componen las cuatro longitudes restantes.

El pie de Hércules tiene la longitud de un rostro y un quinto; desde los dedos del mismo hasta la choquezuela, encuéntrase duplicada su estension, y cuadruplicada hasta el ombligo; cuéntanse hasta el pezon de su pecho cinco pies, y seis hasta su boca, por manera que faltan tres partes de cabeza para completar la altura del cuerpo. Entre uno y otro pezon, cabe á lo largo un pie en el hombre, y una cabeza en la mujer.

Esta es por lo regular media cabeza mas baja que aquel; sus caderas son anchas, y algo estrechas sus espaldas. En el hombre, componen la anchura de su espalda dos cabezas y dos quintos, y la de su bacinete dos y media; empero en la mujer, tienen igual anchura las espaldas y caderas, á saber, una cabeza y tres partes.

En los niños, es en gran manera desproporcionado el talle, y cuanto mas jóven, abulta mas la ca-

(1) *Anatomie du gladiateur combattant*, Paris, 1812, en fol., páj. 53.

beza. Á sus tres años, puede ya alcanzar la mitad de la altura á que debe llegar con el tiempo; y sin embargo solo ofrece cinco rostros en su proporcion. Su pecho y bacinete componen únicamente cada uno la dimension de un rostro; sus espaldas, estrechas aun en uno y otro sexo, tienen de ancho uno y un quinto; cortísimos son sus pies y manos, y rollizas sus formas, á la manera de los anjelitos que nos rasguea el pincel de los artistas.

Menos elevadas son por lo regular las proporciones del talle, en las complexiones melancólicas y biliosas, de ajustada y recia fibra, que en las linfáticas y sanguíneas, de hebra mas húmeda y lacia.

Desjugándose y encalleciéndose el cuerpo, al paso que va entrando en años, sucede que á la niñez cupo esponjosa encarnadura; su grandioso sistema celular ataja á la vista la forma de sus músculos; sus articulaciones son rollizas y pringadas, y en tanto se desnivela con el adulto en sus proporciones, en cuanto es mas jóven, puesto que se ensancha desmedidamente su cráneo. Sobrado pequeños aun los huesos de su rostro, los de la quijada inferior sobre todo, prestan á su liviana fisonomía aquella forma risueña y torneada de carrillos rechonchos; sobresale abultadamente su vientre, efecto de la grande actividad del sistema nutritivo en la edad creciente; los brazos y piernas, lo propio que las partes jenitales, son á proporcion del cuerpo bastante pequeños. Muéstranse rollizos, gruesos y lacios todos los contornos, y su piel es finísima, blanca y delicada. Diseñábalos con maestría Albano, y

pintábalos con fino gusto Rubens. Al tenor de los medros menguan perceptiblemente la humedad y gordura; prolóngase su fisonomía, y aparecen mas palpables sus rasgos, como es de notar en los mozelos y en los retratos de Cupido.

Alárganse por lo mismo en la pubertad los miembros, ensánchase el pecho, y sombréanle por distintas partes rubios pelos; espláyanse en el hombre los músculos, y tórnase espresiva, osada y amorosa á un tiempo su mirada. Hínchanse á la mujer los pechos, que se adelantan en semi-esferas; tornéanse todos sus contornos, y en su cariñosa y encojida mirada asoma la vergüenza. Descuellan, con el primer entrañable de la hermosura, airosa y gallarda traza, blandos y arqueados derrames, y finísima piel; el tejido celular suaviza los ángulos y cuaja los claros de los músculos; sus movimientos son livianos y sueltos; y su cabeza y tronco, algo pequeños en comparacion de los miembros, empapan su fisonomía de indecible embeleso; mírense el Apolo pítico y la Vénus de Médicis. Un temperamento sanguíneo y pletórico da al rostro un colorido de rosa en la bonancible primavera de la vida, á la que caracterizan ensortijados cabellos castaños, y cierto garbo espedito, con gozosa y pródiga esperanza.

La edad viril; temporada de la pujanza, de esclarecidas empresas y árdulos trabajos, descubre los músculos cabales; cuádrase y robustécese el cuerpo; ensánchase las espaldas; campean grandiosos rasgos; sobresalen en la fisonomía la majestad y nobleza; el ademan es de quien manda, de quien con-

ha en su poderío. Debe su complexion ser biliosa ó de un atleta; veráse al individuo de color subido, velludo, de negros y rizados cabellos, de tiesas y cerradas fibras, tal como el Hércules Farnesio. Aparecerán sus movimientos menos prontos que los de la juventud; veráse las proporciones de los miembros mas regulares ó canónicas, y hundido el tejido celular, franqueará los vuelos musculares. Ya no ofrecerá la mujer aquellos delicados rasgos, la rosa virjinal de la juventud: sucederánse á ellos matronales formas, como las de Juno ú Cibeles; abultadas de garganta y pechos, mas anchas las caderas, y mas surcado el bajo vientre; todo estampará ya en ella el carácter materno. A los cuarenta robustécese ordinariamente las mujeres con la cesacion del menstuo; empero á los hombres recárganseles regularmente el vientre y cuerpo, en los linfáticos y sanguíneos sobre todo.

En la vejez, cuando se arquea el cuerpo bajo el peso de los años, ofrece complexion seca y terrilloso. Ajado su tejido celular, asoman músculos áridos, fibras arrugadas y venas varicosas.

Amarillece y se agosta la tez, puesto que no circula ya la sangre por la red capilar de la piel. Vese el rostro cóncavo y surcado de arrugas, lácios los carrillos, hundido el pecho, y torpes los movimientos. Desapacible, melancólico y avariento el individuo, concéntranse en sí mismos los órganos de la vida; receloso y pensativo por su temperamento, la debilidad de sus potencias, el hastío de los placeres, la austeridad misma, todo estampa ya la ruina

del cuerpo. Ámase entonces la soledad, la gravedad y el reposo, y búscase el silencio y los sombríos colores; muéstrase temeroso, ríjido censor de los jóvenes, y desconfiado en las empresas: solo se apetece la niñez, puesto que se tocan los extremos. Altéranse entonces notablemente las proporciones del cuerpo: desprendiéndose los cabellos que se encanecen y caen, adelántase la frente, encórvase ó pégase á su tronco la nariz, desaparecen los dientes, y prolóngase de tal suerte la quijada inferior, que no pocas veces llega á encajar la superior besando en seguida la nariz. Los músculos del rostro, ya sobrado débiles, no pueden cerrar bien la boca; tiembla la cabeza sobre el cuello; es mal seguro el paso; descárnanse brazos y piernas; hínchase con frecuencia y pónense edematosos los pies; vense disformes ó cubiertos de callos los dedos de pies y manos, y las articulaciones, regularmente tiesas, se entorpecen y se anudan. No le faltan sus rasgos á la estacion de la caduquez, poco reparables por cierto en la verde senectud de Sileno y Laocoonte, pero sobresalientes en la de S. Jerónimo, si miramos los cuadros de Carracho, del Dominiquin y de Ribera.

SECCION SEGUNDA.

ARTICULO PRIMERO.

ALIMENTOS DEL HOMBRE, Y SUS EFECTOS SEGUN LA DIVERSIDAD DE CLIMAS.

Los que han tratado esta materia contentáronse jeneralmente con decir que podia mantenerse el hombre de vegetales como de animales, sin internarse en la averiguacion de los efectos que acarrearban en punto á la perfeccion física y moral de nuestra naturaleza. Principalmente bajo este nuevo aspecto tenemos que insistir, puesto que de los mismos veremos brotar modificaciones peculiares de la sensibilidad, y predisposicion eficaz á cierto jénero de enfermedades que se rozan con nuestra perfeccion.

Cuando afirmamos ser el hombre omnívoro, no pretenderemos por cierto decir que pueda sustentarse de arcilla, como no dudan asegurarlo Gumilla y el baron de Humboldt de los Otómacos y otros pueblos salvajes, que, en estériles playas (1), engullénsela á veces á falta de víveres, á la manera que

(1) Véase nuestro artículo *geophages* en el *Nouv. Dictionn. d'Hist. nat.*, 2.^a edic.